DaBaR

Ciclo A

nº 42

26 de julio de 2026

17º Domingo Ordinario

Año LII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.

Índice

Primera Página
Exégesis
Notas para la Homilía
Para la oración
La misa de hoy
Cantos
Dios habla

Primera Página

La alegría del Reino

En el evangelio de hoy, Jesús trata de explicar a los suyos a qué puede asemejarse el Reino de los cielos, lo compara con tres realidades, propongo que contemplemos más y mejor esa primera comparación, el Reino de los cielos es semejante a un tesoro oculto al común de las personas. Saber identificarlo y estar a la altura de ese tesoro, habla del tipo de personas que somos, ¿sabemos ver lo oculto? ¿Nos llena algo de alegría? ¿Hasta tal punto somos capaces de dejar a un lado nuestras seguridades y poner todo a disposición de ese tesoro? Sí, sí, también las seguridades económicas, ¿Estamos dispuestos a darlo todo (vender todo lo que tenemos, relativizarlo todo) para disfrutar de ese tesoro?

El tesoro lo descubren quienes tienen una actitud de búsqueda y encontrarlo produce dos reacciones, que van unidas: la primera una inmensa alegría (de saber y sentir un amor perfecto, sin límites, sin condiciones) y la segunda una transformación profunda que nos hace capaces de dar otro valor a todo, capaces de venderlo todo para disfrutar de ese tesoro, poner todo lo que se tiene para ser digno de ese amor, y repartir lo que se ha recibido gratuitamente para hacer a otros partícipes de nuestra alegría.

La alegría de sabernos amados así cambia nuestras vidas y nos da sentido y gozo, calma nuestras angustias y nos devuelve la posibilidad de vivir nuestros límites desde la ternura infinita de un Dios que cada día se asoma a la ventana para ver si de lejos logra divisar nuestro rostro que va a su encuentro.

Me gustaría que cada uno conteste, con sinceridad, a la pregunta final de Jesús: ¿Entendéis bien todo esto?

No contestemos tan rápido, ni tan valientes que si, pensemos un poco si realmente vivimos como si hubiéramos encontrado ese tesoro, que nos llena el corazón de gozo, que nos permite vivir despreocupados por lo que pueda pasarnos, sabiendo que estamos en manos de Dios, quizás no vivimos respondiendo amorosamente a ese amor primero derramado gratuitamente en nosotros, que nos capacitaría para amar a todos los que nos rodean, sin excepción alguna, para hacer el bien haciéndonos prójimos de todos los apaleados en el camino, que hoy son tantos y tantos hermanos nuestros. Algo nos falla porque todavía no somos como ese padre que, según el evangelio de hoy, sabe distinguir entre lo nuevo y lo antiguo, entre la oferta de Dios en Jesús de Nazareth y nuestra lógica humana tan alejada de los parámetros de la gratuidad y felicidad que nos regala Dios, escondidos en los pliegos más profundos de nuestros corazones, escondidos pero no inaccesibles. Algo nos falla porque no asumimos interioridad para buscar ese tesoro escondido en cada corazón. ¿Qué nos asusta para no buscarlo? ¿Qué nos impide, si lo vemos asomándose tímidamente, escarbar la tierra para que brille en nuestro campo y nuestra alegría por este hallazgo? ¿Por qué no explosionamos de alegría y la dejamos que gobierne nuestra vida? ¿Por qué nos cuesta tanto compartir esa alegría?

Pidamos al Señor un corazón dócil capaz de ponerse a la escucha del Señor y dejarse guiar en el discernimiento de cada día hacia la búsqueda de la verdadera alegría que nos cambia.

Susi Cruz
susi@dabar.es

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. El Primer Libro de los Reyes forma parte de la llamada "Historia Deuteronomista" (junto con Josué, Jueces y Samuel), compuesto durante el exilio babilónico (s. VI a. C.) para interpretar la catástrofe de la caída de Jerusalén y del Templo, aunque las tradiciones que recoge son mucho más antiguas. El cap. 3 se sitúa al comienzo del reinado de Salomón, tras la muerte de David. El joven rey (apenas contaría unos veinte años) ha consolidado su poder y ha sellado una alianza política con Egipto, casándose con la hija del faraón. El texto nos presenta el episodio de Gabaón, donde se encontraba el "lugar alto" principal antes de la construcción del Templo. Allí, Salomón ofrece mil holocaustos en un momento de fervor popular. Los versículos que nos ocupan omiten la invitación de Dios y la respuesta de Salomón reconociendo su juventud e inexperiencia.

El relato es una teofanía onírica, frecuente en el MOA para transmitir dones o decisiones reales. El sueño de Salomón define el modelo de gobernante según la alianza: ni guerrero, ni acumulador de riquezas, sino juez sabio, capaz de discernir el derecho.

Texto. El sueño es un medio oracular legítimo para los profetas y los reyes (cfr. Núm 12, 6) y la generosidad divina es incondicional ("Pídeme lo que quieras"), donde Dios se ofrece como alguien que quiere dar, no como un soberano que exige. Este es el presupuesto de toda sabiduría: la gratuidad de Dios que precede al mérito humano. (v. 5)

Salomón se autodenomina "siervo" un título de dignidad ante Yahveh y la expresión "joven" no indica necesariamente una edad infantil, sino más bien la inexperiencia política. "Salir y entrar" es una expresión técnica para gobernar, dirigir al pueblo en paz y en guerra. El rey asume su vulnerabilidad, en contraste con los reyes de su entorno que se solían considerar como semidioses. (v. 7).

El término "en medio" evoca el corazón de la comunidad. Salomón no pide para sí, sino para servir. La referencia al "pueblo elegido" recuerda la promesa a Abraham (cfr. Gén 15, 5: descendencia incontable). El joven rey se siente abrumado por la grandeza de la tarea pastoril. (v. 8).

La clave de la petición está en "corazón que escucha". El corazón en el A. T. es la sede de la inteligencia, la voluntad y la decisión. Escuchar es la actitud fundamental de la alianza ("Escucha Israel" Dt 6,4). Por tanto, Salomón no pide una inteligencia abstracta, ni una habilidad mágica, sino la docilidad radical a la voz de Dios para discernir justicia, en una expresión de madurez moral y jurídica (cfr. 2Sam 14, 17; 19, 36). Juzgar implica gobernar, administrar justicia, proteger al débil. (v. 9).

Dios se alegra, hay concordancia entre la petición humana y la voluntad divina. El no pedir bienes egoístas (longevidad, dinero, victorias militares) es un rasgo de sabiduría auténtica. La "inteligencia" que pide es discernimiento práctico, inseparable del corazón que escucha. (vv. 10-11).

Por lo tanto, Dios no concede solo lo solicitado, sino una sabiduría excepcional, casi única. El realismo teológico no idealiza a Salomón (1Re 11) nos mostrará su caída por idolatría. Pero el don inicial es irrevocable: la sabiduría es gracia, pero requiere fidelidad.

Pretexto. Nosotros deberíamos pedir lo mismo que Salomón, capacidad de escucha, vivimos rodeados de ruido, de pantallas, buscamos la inmediatez, y escuchar a Dios en la Escritura, en el hermano, en el necesitado, en la creación es contracultural. ¿Cuándo me acerco a pedir a Dios en la liturgia soy egoísta o se nota este deseo de discernimiento?

Como Iglesia deberíamos estar más dispuestos a discernir entre el bien y el mal no como un juez implacable, sino como un pastor que cuida a la grey con diálogo y escucha, especialmente de los más pequeños.

Dios concede el don solicitado, pero Salomón tiene que elegir vivir cada día conforme a ese don,

porque su reinado nos enseñó que la sabiduría no es un talismán automático, requiere vigilancia y conversión. También nosotros debemos avivar el don recibido por Dios (2Tm 1, 6) con oración, estudio de la Palabra y justicia. Como dijo S. Agustín: «El que cree que ha comprendido la Escritura, pero no construye el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo, todavía no ha comprendido».

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

Pablo habla de la certeza de la esperanza aún en medio de los sufrimientos. Es la certeza de "los que aman a Dios". Estos han sido llamados por los designios de Dios. Y no es mérito nuestro que amemos a Dios, sino que es Dios el que nos ha amado primero. Por mucho que nos esforcemos, es Dios quien primeramente nos ha llamado. Todo obedece a la voluntad de Dios y Dios hace que todo sea para bien de los que creen en él. Todo está orientado por el amor de Dios y, aunque no veamos detalladamente el designio de Dios que va guiando a su Iglesia hasta el final de los tiempos, sabemos por la fe que este designio existe (v. 28).

El vocabulario de Pablo muestra que, en el proceso de salvación, la iniciativa es de Dios ("a los que conoció de antemano, los destinó desde el principio..."). Quizá parezca por las expresiones que hay una limitación en la salvación, que esta está reducida a determinadas personas o grupos. Parece que la predestinación restringe la salvación, pero la acción salvífica proviene de Dios, y Dios ama a quien cree en él como a un hijo suyo y como hermano de Cristo. Así, el plan de Dios sobre quienes creen en él es que se hagan imagen de su Hijo, porque este es imagen perfecta de Dios ("Los destinó desde el principio a reproducir la imagen de su Hijo..."). Así Cristo es el primero entre todos y va a la cabeza de todos (v. 29).

El plan de Dios implica la llamada, la elección, la predestinación y la justificación para alcanzar la gloria. Esta llamada que Dios hace a los creyentes incluye justificación y glorificación de estos. Para Pablo la gloria, que es un bien futuro, ya se comunica a los creyentes junto con la justificación del pecador. Hay que notar que cuando aquí Pablo habla de predestinación, no lo hace de los individuos, sino que muestra el designio de Dios para los cristianos como grupo (v. 30).

En estos versículos no se debe ver la salvación de Dios como algo restringido. El proyecto de Dios está abierto para quien quiera aceptarlo. Pablo señala que es un don gratuito.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

Las tres parábolas que nos presenta hoy el tercer discurso de Jesús que recoge Mateo forman una unidad dentro del mismo. Las primeras, que leíamos estos domingos, hacían hincapié en la paciencia de Dios y el crecimiento a pesar de los obstáculos (sembrador y cizaña); las del medio hablan del crecimiento desde lo pequeño (mostaza y levadura). Y estas, en las que nos sitúa ante la respuesta humana que exige el Reino: decisión radical, alegría, entrega total. Pero también ante una realidad eclesial mixta, donde buenos y malos conviven a la espera del juicio que separe a unos de otros. El versículo final sobre el escriba es un autorretrato de Mateo: un judío instruido que se ha hecho discípulo y sabe combinar la herencia del A. T. (las cosas viejas), con la novedad del evangelio (cosas nuevas).

Texto

En la Palestina del s. I, era frecuenta enterrar monedas o joyas en tiempos de inseguridad (invasiones o guerras), y muchos morían sin revelar estos lugares, así el tesoro pasaba a ser de quien lo encontraba en el campo. Volver a esconder el tesoro no es un acto egoísta, indica que el

Reino no es algo que se exhiba con ostentación, sigue estando oculto para quien no sabe buscar. El descubridor no puede proclamar la posesión hasta no asegurarse la propiedad. La decisión de adherirse al Reino tiene una dimensión afectiva que es esencial, no puede suponer una renuncia con amargura, sino el gozo que hace perder el miedo a perderlo todo. El Reino es un don gratuito, no es ningún mérito humano, por eso para relativizar todo lo demás tienes que descubrir el valor infinito del Reino. La compra es metafórica, si no sería simonía, sino entrega total de la vida. Al comprar el campo, el hombre se hace dueño del terreno y del tesoro. Así el que encuentra el Reino abraza toda la realidad desde una nueva perspectiva. (v. 44).

En la parábola del comerciante de perlas la diferencia con la del tesoro la encontramos en que aquí hay una búsqueda profesional, intencionada. El comerciante representa a quienes buscan la verdad, el sentido, la realización: filósofos, sabios, religiosos. Jesús no desprecia la búsqueda humana, la valora, pero muestra que su Reino supera cualquier perla. En el POA, las perlas eran el bien más preciado, símbolo de riqueza y sabiduría. La perla de gran valor es el Reino que es único e incomparable, no se puede adquirir a plazos, ni compartir con otros ídolos. De nuevo, vemos la radicalidad necesaria para buscar, pero también una vez encontrada, para darlo toda cambio de ella, porque es una decisión que compromete toda la existencia. Esta parábola de los vv. 45-46 recoge la misma realidad que la del 44, sea un hallazgo fortuito o tras una búsqueda la respuesta es la misma: vender todo.

La red de arrastre atrapa todo lo que encuentra sin discriminar, sugiere una Iglesia que, como la red, abarca a todos: judíos y gentiles, justos y pecadores. El mar, en la tradición bíblica, a veces representa a los gentiles (cfr. Ap 17, 15), pero también el mundo. Esa red de arrastre no discrimina, no hace una selección previa, al igual que la Iglesia no puede negar el bautismo a nadie, ni excluir preventivamente, es una advertencia contra la tentación de una iglesia pura. La pesca dura hasta que se completa el número de los elegidos (cfr. Rom 11, 25), la misión tiene un final, pero no lo conocemos. Y en la orilla, al final de la historia, será cuando se dé la discriminación, el juicio; los pescadores son los ángeles (cfr. v. 49). La separación entre buenos y malos es radical, un criterio de bondad, de juicio que aquí no se proporciona, pero que el propio Mateo nos facilita en el cap. 25, la fe vivida en obras. (vv. 47-48).

Los vv. 49-50 aportan una explicación alegórica: el horno del fuego nos recuerda a Daniel 3 y el llanto y rechinar de dientes es una fórmula fija que Mateo utiliza para describir el castigo de los excluidos del Reino (cfr. 8,12; 13, 42; 22,13…). Los ángeles son los que ejecutan el juicio, no los hombres, reforzando la prohibición de juzgar (cfr. 7, 1-5). La dureza del lenguaje responde al lenguaje apocalíptico, no es sadismo divino, es una advertencia seria sobre la realidad de la opción definitiva.

Cuando Jesús nos pregunta si han (hemos) comprendido estas cosas, la respuesta nos sorprende, es la primera vez que entienden cosas así (cfr. 13, 10-17). Porque la comunidad que escucha con fe puede entender, no por propia inteligencia, sino por pura gracia. Este v. 51 es una transición a la conclusión que recoge el v. 52, donde Mateo se describe a sí mismo y a los líderes de la comunidad, ahora el escriba es discípulo de Jesús, no podemos prescindir de la formación judía, hay que reinterpretar el A. T. a la luz del Reino. El tesoro es la tradición bíblica y la enseñanza de Jesús. La Torá, los profetas… es lo viejo, el Evangelio es lo nuevo, rechazando así el marcionismo que despreciaba el A. T., el verdadero discípulo no desarraiga lo nuevo de lo viejo.

Pretexto

En esta sociedad hiperconsumista, podemos entender que la acumulación de riquezas dé la felicidad, incluso la Iglesia busca cada vez “más”, acumular seguidores, bienes, experiencia…, pero las parábolas rompen esta lógica, porque el Reino tiene el valor de lo que estamos dispuestos a vender, a deshacernos de ello, no a acumular. Y pide venderlo todo.

Por otro lado, estas parábolas, nos alejan del puritanismo eclesial que mantendría una red cerrada. La red de Jesús es de arrastre, barredera, recoge todo y luego ya separará. Mientras dure el tiempo de la pesca estamos llamados a la misericordia.

El escriba del siglo XXI debe tener presente las sensibilidades que tenemos en nuestras comunidades hoy y no desechar ninguna. No podemos prescindir del tesoro de lo viejo (tradición, catecismo, liturgia, formación…) ni de lo nuevo (el lenguaje de las redes sociales, el diálogo con la ciencia, la sinodalidad, lo social…). Lo uno sin lo otro carece de sentido, pero lo otro sin lo uno, también.

Enrique Abad
enrique@dabar.es

Notas
para la Homilía

"Se parece a un tesoro escondido"

En la Iglesia y en el corazón de cada habitante de la tierra se esconde el secreto de su felicidad. Dios Creador, ha abierto un mundo de posibilidades positivas, que la fe en Jesucristo nos ofrece. Jesús, el Hijo de Dios, vino al mundo para descubrírnoslo. Lo dejó a medias en la Iglesia, pero su resurrección lo descubrió en plenitud a cada uno de los que creemos en él. Este tesoro escondido San Pablo lo dice: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu santo que se nos ha dado". Los que lo hemos descubierto y lo compartimos, formamos la Iglesia de Dios. Somos los hijos de Dios, los bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo.

Este tesoro, proyecto de fe y de vida, no es la suma de deseos o proyectos humanos, es un proyecto de Dios que Jesús, su enviado nos ha descubierto y posibilitado en su Iglesia. Dios Padre lo pensó para cada uno al darlos la vida, antes de la creación del mundo. "Dios por él (Cristo) nos bendijo... nos eligió...antes de la creación del mundo...para que por el amor fuéramos santos". Así lo cantaban en un himno los cristianos de tiempos de San Pablo.

El Evangelio nos habla del negocio y la ganancia que es, venderlo todo, para comprar el terreno donde se esconde este tesoro. El proceso de venta y compra puede describirse con estos pasos. Creer y confiar en Dios Padre. Ver y discernir constantemente la manera de vivir la vida en el mundo. Aceptar la fe en Jesús después de conocer su mensaje y su vida por la lectura de su Evangelio y la oración. Bautizarse en la Iglesia en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Alimentarse en una comunidad cristiana por la celebración de la eucaristía. Si hace falta, recibimos el perdón de nuestros pecados en el sacramento de la penitencia.

La vida por la fe en Cristo Resucitado es un camino nuevo, todo recibe una dimensión nueva y extraordinaria, sorprendente, positiva, esperanzada y fecunda. La gracia y la bendición de Dios nos llega cada día. Los problemas y tribulaciones propias de toda vida humana quedan redimensionadas en otro horizonte, cuyo final se descubre cercano de la puerta del cielo, muy cerca de Dios, de sus ángeles y santos con todos los nuestros que ya nos precedieron.

Cuesta descubrir tanto el campo, como el tesoro escondido en él. Por suerte son muchos los que lo encontraron y los que también en nuestros días los que con coherencia y alegría lo demuestran.

Lorenzo Tous
lorenzo@dabar.es

«El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido» (Mt 13, 44)

Para reflexionar

¿Qué síntomas demuestran que un cristiano ha descubierto este tesoro escondido?

¿Qué situaciones provocan su búsqueda?

Para la oración

Concédenos, Padre, los dones de sabiduría y de fortaleza para saber creer y confiar en ti en nuestro camino, hasta que te encontremos de verdad y podamos gozar de tu salvación. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Padre, crece el increencia, la injusticia, el dolor y la falta de sentido para vivir.

También desde la Iglesia predicamos la fe como el tesoro que nos da sentido y salvación a la vida.

Que tu Espíritu nos llene de sus dones para dar testimonio de la salvación que tu Hijo Jesús nos concede.

Te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

Siempre hay que darte gracias, Padre, por todo lo que haces por nosotros, porque nos acompañas y nos revelas cosas que escondes a otros, porque en tu sabiduría quieres guiarnos hacia Ti. Pero, sobre todas las cosas, tenemos que agradecerte que nos hayas enviado a tu Hijo, Jesucristo, porque en Él has materializado esa Sabiduría, en Él nos has hecho copartícipes de su filiación y merecedores de Ti. En Él, el Reino por el que merece la pena dejar todo atrás se ha hecho realiadad. Ese Reino que, de entrada nos admite a todos, que no prejuzga. En Él se funda la Iglesia que es la prefiguración de ese Reino. Por eso, con todos los ángeles y los santos, te cantamos.

El alimento que hemos celebrado y recibido nos llene el alma de gozo y de energía para que demos testimonio de fe cristiana en nuestro mundo. Por Jesucristo nuestro Señor.

Cantos

Entrada. Alrededor de tu mesa (Pascual y Palazón); Día de fiesta en tu altar (Erdozain); Me adelantaré hasta el altar (Gelineau); Canta Jerusalén (Kairoi)

Salmo. LdS.

Aleluya. 2CLN-E 4.

Ofertorio. Señor, este pan te ofrecemos hoy (de A. Luna); Un niño se te acercó (Gabarain); Bendito seas, Señor (Palazón).

Santo. 1CLN-I 8; o el de Goicoechea-Arrondo.

Aclamación al Memorial. 1CLN-J 2.

Comunión. Busca primero el Reino de Dios (de Maranatha); Eucaristía, tesoro escondido (González y Sánchez); Gustad y ved qué bueno es el Señor (Erdozain); Gustad y ved (Jauregui); Noche y día en el mar (Palazón); Para que escuchase el viento (Palazón).

Final. Cantad a Dios (CB-37 B); Cántico a María (Mejía); A ti, Madre (González).

La misa de hoy

Monición de entrada

Vamos a celebrar en comunidad la riqueza del don de Dios que es la fe. Somos los hijos de Dios que nos reunimos para gozar de su presencia.

Saludo

Dios nos llene de su amor y su paz.

Acto penitencial

Limpiemos nuestro corazón de todo lo que nos impide gozar de la cercanía de Dios Padre.

Necesitamos entrar en nosotros mismos y dar paso a la presencia de Dios en nuestra vida. Señor, ten piedad.

El mundo no cuenta con Dios, pero nosotros no podemos ser felices sin Él. Cristo, ten piedad.

Que la rutina no impida descubrir el tesoro escondido en esta celebración. Señor, ten piedad.

El Espíritu santo nos una en la fe y la piedad para gozar de la presencia de Dios.

Monición a la Primera lectura

Salomón pide a Dios sabiduría para gobernar. Pidámosla nosotros para entender la oferta de Dios y saber encontrarle por la fe.

Salmo Responsorial (Sal 118)

¡Cuánto amo tu voluntad, Señor!

Mi porción es el Señor; he resuelto guardar tus palabras. Más estimo yo los preceptos de tu boca que miles de monedas de oro y plata.

¡Cuánto amo tu voluntad, Señor!

Que tu voluntad me consuele, según la promesa hecha a tu siervo; cuando me alcance tu compasión, viviré, y mis delicias serán tu voluntad.

¡Cuánto amo tu voluntad, Señor!

Yo amo tus mandatos más que el oro purísimo; por eso aprecio tus decretos, y detesto el camino de la mentira.

¡Cuánto amo tu voluntad, Señor!

Tus preceptos son admirables, por eso los guarda mi alma; la explicación de tus palabras ilumina, da inteligencia a los ignorantes.

¡Cuánto amo tu voluntad, Señor!

Monición a la Segunda Lectura

Dios nos ofrece entrar en su familia.

Monición a la Lectura Evangélica

En parábolas escuchemos los tesoros del Reino de Dios.

Oración de los fieles

Por intercesión de María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, presentemos al Padre los problemas y necesidades del mundo y de la Iglesia.

Respondamos: "Te lo pedimos, Padre".

Los pobres sufren la injusticia de los poderosos. Padre, mueve el corazón de los gobernantes. Oremos.

El Papa propone la sinodalidad como renovación de la Iglesia. Padre que sea conocida y seguida en toda la Iglesia. Oremos.

De Asia, de África y de América nos llega el testimonio de muchos misioneros que nos exigen conversión y cambios importantes. Oremos.

Entre nosotros crece la increencia y con ello la falta de sentido para vivir. Padre, haznos testigos contagiosos de la alegría de la fe. Oremos.

Los colegios de la Iglesia preparan la fe de los jóvenes. Necesitamos maestros y educadores convencidos de su fe. Oremos.

En nuestra sociedad abunda el dolor y la soledad, tanto entre jóvenes como entre ancianos. La amistad de Jesús nos lleve a ser solidarios de los que sufren. Oremos.

Ha comenzado un profundo cambio de época en el mundo. El primer documento del Papa Francisco fue "La alegría del Evangelio". El Papa León reunido con todos los cardenales lo propuso como programa fundamental. Que sea conocido y seguido en toda la Iglesia. Oremos.

Las fuerzas del mal parecen vencer la verdad y la justicia. No obstante, el Espíritu Santo sigue obrando maravillas en el mundo. Para que nuestra fe no se acobarde. Oremos.

Escucha, Padre, nuestra oración y concédenos lo que más anhelan nuestros corazones.

Despedida

Las parábolas que se nos han revelado, nos descubren el verdadero significado del Reino. Vivámos ese reino.

Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

XVII Domingo ordinario, 26 julio 2026, Año LII, Ciclo A

I REYES 3, 5.7-12

En aquellos días, el Señor se apareció en sueños a Salomón y le dijo: «Pídeme lo que quieras». Respondió Salomón: «Señor, Dios mío, tú has hecho que tu siervo suceda a David, mi padre, en el trono, aunque yo soy un muchacho y no sé desenvolverme. Tu siervo se encuentra en medio de tu pueblo, un pueblo inmenso, incontable, innumerable. Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien, pues ¿quién sería capaz de gobernar a este pueblo tan numeroso?» Al Señor le agradó que Salomón hubiera pedido aquello, y Dios le dijo: «Por haber pedido esto y no haber pedido para ti vida larga, ni riquezas, ni la vida de tus enemigos, sino que pediste discernimiento para escuchar y gobernar, te cumplo tu petición: te doy un corazón sabio e inteligente, como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti».

ROMANOS 8, 28-30

Hermanos: Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio. A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó.

MATEO 13, 44-52

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: «El Reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. El Reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra. El Reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. Lo mismo sucederá al final del tiempo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno encendido. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. ¿Entendéis bien todo esto?» Ellos le contestaron: «Sí». Él les dijo: «Ya veis, un escriba que entiende del Reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo».